

Las soluciones de los políticos a la crisis

Los políticos tienen una serie de recetas para resolver cualquier problema económico. Son recetas bien conocidas por los grandes poderes económicos, que son quienes les indican cuándo deben aplicarlas. Esas medidas se resumen de manera muy sencilla en dos puntos: por una parte, eliminar todos los gastos superfluos y, por otra, prescindir de todos los controles y las regulaciones que afectan a la economía. En definitiva, según las grandes eminencias políticas y económicas, la solución universal a todos los problemas es el sálvese quien pueda, el individualismo, la ley del más fuerte.

Muchos políticos y todos los dirigentes económicos mundiales consideran gastos innecesarios, o directamente pérdidas, los gastos sociales, cosas como la sanidad y la educación, las pensiones, las políticas de igualdad o la ayuda a los desfavorecidos, sean del Primer o del Tercer Mundo. Se trata de gastos que, según ellos, deben eliminarse o al menos reducirse a la mínima expresión. Su idea es que el Estado debe limitar los gastos sociales y dedicarse a liberalizar la economía, que el dinero debe fluir hacia las empresas, ya sea en forma de ayudas directas o bien de exenciones fiscales, y no hacia personas improductivas como niños, ancianos, enfermos, inmigrantes u otros tipos de individuos no rentables.

El dinero del que están hablando es nuestro, de todos los contribuyentes, y somos nosotros quienes debemos decidir en qué se gasta. La mayoría de nosotros consideramos fundamentales los gastos sociales, por lo que queremos que nuestro dinero se destine a mantenerlos y mejorarlos día a día, aunque, por supuesto, entendemos que también se debe invertir nuestro dinero en otras cosas. Nadie puede estar en contra de que el Estado apoye a las empresas, ya que estas nos dan trabajo, pero nadie puede estar a favor de que la economía sea el único motor de la acción política.

En los recortes de gastos, no solo se incluye el dinero público, sino que también pretenden reducir al mínimo los costes empresariales. ¿Y cuál es, o eso nos dicen, el mayor y más nocivo de los costes empresariales? El salario de los trabajadores. Los trabajadores parecemos más una carga para las empresas que el núcleo de su fuerza. ¿Es que no somos nosotros quienes producimos los bienes o quienes prestamos los servicios que generan los ingresos de las empresas? Los empresarios, igual que muchos políticos, están obsesionados con reducir los costes salariales para mejorar las cuentas de resultados. Se trata de una idea en la que insisten una y otra vez, tanto en tiempos de crisis como en épocas de bonanza económica, así que no es nuevo que pretendan hacernos trabajar lo mismo o más por menos dinero; han estado diciéndonoslo siempre.

Olvidan que los beneficios de una empresa son la diferencia entre gastos e ingresos, y que por mucho que reduzcan los gastos no habrá beneficios si no existen ingresos. Si reducen nuestros salarios y merman así nuestro poder adquisitivo, cada vez vamos a consumir menos, con lo que sus ingresos también bajarán. Crearán trabajadores mal pagados que no podrán comprar lo que las empresas ofrecen. Así perdemos todos. ¿No sería mejor que nos pagaran sueldos dignos? No queremos que nos paguen de

más, solo queremos cumplir con nuestras obligaciones, pero exigimos que se nos pague aquello que nos merecemos. Eso hará funcionar la economía.

La otra solución universal para la economía parece ser la liberalización y la desregulación totales. Han convertido la economía en una jungla. Es curioso que los mismos políticos que son tan estrictos y tan mirados con los asuntos morales sean tan libertarios en lo económico. En ese sistema las grandes empresas van y vienen, hacen y deshacen lo que les viene en gana. Los bancos y los grupos financieros traen y llevan capitales de un sitio a otro. Las materias primas se extraen en unos países para venderlas en otros, dejando tan solo una pequeña parte del beneficio en el país de origen. Se desmantelan fábricas para llevarlas a países con mano de obra más barata, no hay cortapisas para los movimientos financieros ni la especulación internacional. No se mira la situación política y social de los países, no sea que los escrúpulos morales impidan los buenos negocios.

No obstante, en algún momento de todos esos movimientos económicos, deberían pensar que, aunque sea jugando un pequeño papel, aparecemos las personas. Los habitantes de este mundo queremos vivir dignamente, necesitamos una serie de cosas y creemos merecer algunos derechos. Para proteger esos derechos, para satisfacer nuestras necesidades y defender nuestra dignidad, necesitamos leyes y regulaciones que impidan que seamos explotados.

Necesitamos un nuevo sistema económico o, al menos, un profundo cambio del actual para conseguir tanto el progreso económico como el social. Y para conseguirlo, antes necesitamos cambiar a los que nos han regido hasta ahora. Necesitamos gente nueva con ideas nuevas. Pero no hay manera. Insisten una y otra vez en machacarnos con las viejas soluciones de siempre.

Sea como sea, hay que abaratar costes, así que no dudan en precarizar el empleo. Si se eliminan las protecciones y los derechos de los trabajadores, tendremos más miedo a perder nuestro trabajo. Si tenemos miedo a perder nuestro trabajo, aceptaremos trabajar en peores condiciones. Una de esas peores condiciones será trabajar por menos dinero. Sin embargo, con menos dinero consumiremos menos, y entonces los empresarios y el Gobierno se lamentarán del descenso del consumo, que frena la economía. Y sus beneficios se resentirán. ¿Cómo quieren que consumamos más ganando menos? ¿Acaso quieren que nos gastemos el dinero que no tenemos? ¿No decían que esa había sido una de las causas de la crisis?